



Nacimiento de ANTONIO LABAÑA SERRANO

EXPOSICION

Diseño de trajes:
Antonio Labaña:

Confección de trajes:
María Freitas Sobral



CATÁLOGO

Textos:
Antonio Labaña
Elisa Franco
José Antonio Molina

Fotografía:
© Ignacio Cortina y Luis Conte

Diseño y maquetación:
Luis Conte



2 El gallo, el león y la serpiente

EL GALLO, EL LEÓN Y LA SERPIENTE EN UN NACIMIENTO DE INSPIRACIÓN NAPOLITANA

“Oía la casa a un aroma dulce de azúcar, harina y anís, a canela y almendras, a naranja escurrida y manteca de tripa, a cabello de ángel y bergamoto, a huevos batidos y melosa miel, a requemado aceite con corteza de limón fresco, a mistela moscatel, añejo coñac, a vino, a crujientes y blancas obleas. Ingredientes necesarios para que, como cada año en días cercanos a la Navidad, se volvieron a amasar las tortas de pascua, los pastillos, los mantecados, los rollos y las tortas de naranja y los cordiales que, por este tradicional y riguroso orden, como si de una ceremonia se tratara, y después de heñir insistentemente cada una de las masas, se elaboraban al calor



de la estufa en la cocina. Olores, que unidos a los no menos penetrantes de la balsámica y goteante resina desprendida de las ramas de pino recién cortadas, húmedas piedras de sierra, recubiertas de blanquecinos y amarillentos líquenes, de verde y esponjoso musgo empapado de rocío de rambla, tallos de romero, cantueso, espliego, de florecido tomillo, lentisco y ajedrea, convertían el hogar en una transitada alacena, con tufo de panal, fragancia de monte y trajín de fiesta.

Ante la atenta mirada del hijo y sobrino, el padre y la tía Paquita dedicaban las últimas horas de aquellas tardes a preparar y decorar el papel azulón oscuro, que serviría de fondo a la noche del belén con puntiagudas estrellas, circulares luceros, una creciente media luna y la estrella de Oriente de cola dentada, que hacían y forraba después



4 El gallo, el león y la serpiente

de recortarla de un cartón, con el papel de plata de las envolturas de las tabletas de chocolate que hacían Los Hermanos del Convento de la Luz, y que la madre previsiblemente había ido guardando durante los últimos meses, para que el plateado y metálico papel que protegía el dulce, terroso y goloso alimento, se transformara en la brillante constelación de un firmamento plano e inmóvil.

Después, de la única escalonada leja de las vitrinas del alto, anchuroso y antiguo aparador, se rescataban las figuras de la anual clausura a que habían estado sometidas, tras el transparente cristal y el fondo de madera del vetusto y noble mueble con decorado de cielo, y que al girar la pequeña llave para abrir la puerta de dos hojas, dejaba la sala impregnada de un olor íntimo antiguo a pino seco y quebradizo.

Casi todo estaba ya dispuesto y recolectado. En el patio aguardaban los calderos de zinc rebosantes de tierras de colores: parda, rojiza, amarilla, verde, lagenosa, y la blanda y mollá tierra de la cercana huerta. Todas se utilizarían para marcar caminos, trazar senderos, perfilar márgenes y rellenar bancales. Hasta las pequeñas y grisáceas piteras, enristradas en un cordel se apilaban en un rincón, a la espera de ser utilizadas para circundar, principalmente, el palacio de Herodes, quizá porque sus afiladas puntas presagiaban la maldad del infanticida rey. Solo faltaba arrinconar la mesa y disponer sobre ella los tableros, para dar amplitud a la representación, que unas veces ocupaba la mitad del comedor, y otras, otro tanto de la amplia sala.

Atento siempre, quien era hijo y sobrino, escuchaba y retenía en su memoria cada uno de los comentarios, decires y determinaciones que se hacían sobre la correcta y adecuada disposición de las escenas y figuras que componían el belén.

- *El nacimiento vamos a colocarlo en el centro*- afirmaba la tía Paquita, olvidándose de que cada año decía lo mismo y ocupaba el mismo lugar. Apuntando a continuación el abuelo,- *y sobre la piedra más alta de la cueva no olvidéis colocar el ga-*

llo, que fue su canto de media noche el que anunció la hora del nacimiento del Niño. Como también se debería poner un león a la puerta de la cueva, por si tuviera que defender a Jesús ante un ataque de Lucifer, que Dios envió el infierno al centro de la tierra. Y la Virgen debería de estar chafando con su pie la cabeza de la serpiente del Paraíso con la manzana en la boca, que así me lo decía el cura Rubio, hermano de la tía Loreto.-

Eran dichos sabidos, anual y litúrgicamente repetidos, pero al no disponer de las figuras del león y la serpiente, nunca llegaban a ponerse. Sólo el gallo alardeaba de su gallardía y protagonismo, compitiendo en altura con los ángeles, que en número de seis, tocando trompetas de alambre y panderetas y guitarras de barro, descendían sobre la cueva colgados con un hilo de la elegida, frondosa y curvada rama de pino, que salpicada de vellones de algodón para acentuar la nieve y el frío de aquella evocadora noche, se sujetaba a las gruesas y pesadas piedras que formaban la cueva.

Para el nieto, hijo y sobrino, aquellos ángeles parecían todo un ejército celestial, y en su imaginación el león y la serpiente estaban realmente presentes. El primero escondido en su guarida, acechando. La serpiente atrapada bajo el manto siempre azul de la arrodillada Virgen, y, aunque nadie los veía, él sabía que estaban, que existieron y existían.”

Hasta aquí he querido transcribir parte de la narración en la que se ha basado la obra que se expone y que he tenido la gran fortuna de vivir y protagonizar. En ella se acumulan indelebles y entrañables recuerdos de infancia, niñez y adolescencia que siempre me han acompañado, unas veces como recordatorio amoroso de las personas que me los hicieron vivir y otras, como referencia a esa humilde, sencilla y hermosa religiosidad popular que, impregnada de veraz y profunda teología con perfiles antropológicos, hilvanaron mis ancestros a mi existencia.

Al intentar materializar estos recuerdos, no ha habido en mí intención de aportar

originalidad o esnobismo a lo representado. Tan solo he pretendido componer un discurso visual enmarcado en una escenografía de inspiración napolitana, y por lo tanto barroca, con la que tanto me identifiqué, utilizada para apoyar mis vivencias. Aunque también y desde ella, ofrecer mi particular homenaje a todos aquellos *pre-sepi* napolitanos que ocuparon estancias en distinguidas mansiones y recintos conventuales de nuestra ciudad, y que por avatares incomprensibles, sin razonamiento ni lógica, fueron destruidos o se encuentran en paradero desconocido, privándonos hoy de su contemplación y belleza.

Sin más prolegómenos, creo que el conjunto de la obra no precisaría, sino la de invitar a la contemplación de cada una de las figuras que la conforman, en sus presencias, disposiciones e indumentarias, algunas de ellas confeccionadas con tejidos de los S. XVIII y XIX, porque tras ellas habita una oculta y misteriosa intención y hasta un amoroso agradecimiento.

Y no debo concluir sin expresar mi más profundo cariño y agradecimiento a Maruja, mi mujer, siempre a mi lado y esta vez, con aguja e hilo dispuesta a compartir y hacer realidad mis sueños. A María, mi hija, restauradora en este onírico y al mismo tiempo real mundo del arte, y que además de haberme dado ayuda, apoyo y sugerencias, ha sido doradora de glorias y plateadora de nubes, y a David Valverde, mi discípulo, que me aportó obra y consejo en mi lucha con la madera. Sin ellos y sin su ayuda no hubiera sido posible realizar este antiguo y evocador proyecto.

En “La Paloma” (El Palmar) 2 de septiembre de 2013

ANTONIO LABAÑA SERRANO



8 *El gallo, el león y la serpiente*

EL GALLO, EL LEÓN Y LA SERPIENTE: “EL SUEÑO NAPOLITANO” de ANTONIO LABAÑA

Cuando observamos la composición de un belén napolitano, su elegante puesta en escena, su riqueza de movimientos, el ambiente urbano en el que discurre, a menudo se nos olvida que esas figuras están realizadas con materiales pobres: una estructura de alambre y estopa para permitir su movilidad, miembros tallados en madera, y la cabeza realizada en barro cocido. Es el rostro donde se concentra el trabajo más minucioso y donde reside toda la expresividad de la pieza, a lo que se une que los personajes se visten de acuerdo al modelo social que representan.

Los artistas napolitanos, con su imaginación y capacidad, lograron reproducir la vida popular y cotidiana de la ciudad de Nápoles y lo convirtieron en el argumento básico para acompañar el acontecimiento religioso de la Natividad de Jesús. Son conjuntos de gran monumentalidad donde prima más la representación de lo mundano que la propia imagen religiosa que justifica todo el Belén. No representan pues la Palestina del cambio de Era, sino la ciudad de Nápoles en el siglo XVIII y se caracterizaban por una gran minuciosidad en los detalles: utensilios, comidas, animales... que acompañaban el montaje dando el mayor realismo posible al mismo.

Y si todo lo anteriormente descrito lo vislumbramos en este “sueño napolitano” de Antonio Labaña, el suyo, además, nos permite encontrar lo que se ha perdido en otros muchos nacimientos: el simbolismo.

Los antiguos belenes napolitanos y españoles estaban más cargados de simbolismo que los actuales, teniendo las figuras diferentes tamaños según su importancia y divididas en los planos terrestre y celeste, y animales de todo tipo, el ermitaño, el demonio, Adán y Eva... Todo ello trataba de transmitir una serie de ideas sobre la Redención a través del Nacimiento y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo. Esto también propiciaba que el belén recibiera ofrendas, cantos, danzas y representaciones que



10 El gallo, el león y la serpiente

aunque en la actualidad se han perdido en España, permanecen intactos en los territorios de lo que fueron los virreinos de América. Y en esta ocasión, en la recreación del Nacimiento del Niño Dios por Antonio Labaña, la música volverá a sonar en su honor; y de nuevo rondallas, campanas y voces dulces entonaran en torno a Él canciones de alabanza. Y como belén murciano, que al fin y al cabo lo es, reunidos en su honor “echaremos el arboroque”, celebrando el feliz nacimiento.

Tal y como indica el propio título de la exposición de este nacimiento, en él tienen un protagonismo especial las figuras del gallo, del león y la de la serpiente. El gallo, clarín anunciador del alumbramiento, aparece colocado sobre el establo, pues ya recordemos que fue su canto de media noche el que alertó al mundo de la buena nueva que había acontecido.

Y custodiando la puerta encontramos al león, fiero y fiel guardián del tierno infante ante un posible ataque del diablo, que Dios envió al centro de la tierra. Ese mismo león, símbolo de fidelidad y mansedumbre, que los murcianos recordamos al pie del San Jerónimo de Francisco Salzillo. Y finalmente, la serpiente del Paraíso con la manzana en la boca, aplastada por el pie de la Virgen María. En casi todos los pueblos de la antigüedad la serpiente es el símbolo de todo mal: es traicionera, venenosa, mata.

La serpiente llegó a ser el símbolo de la traición a Dios y a la fe, y por ese mismo motivo María lo aplasta, indicando con ello que todo esfuerzo por vivir de acuerdo al mensaje de Jesucristo tiene sentido, aunque en ocasiones, el mal hiera nuestro talón y parezca ser mas fuerte; tenemos la certeza de que no será así. Ella es la primera, y la mejor, de cuantos siguen a Jesucristo.

Elisa Franco Céspedes



12 El gallo, el león y la serpiente

EL DIABLO EN UN NACIMIENTO DE ANTONIO LABAÑA

La piedad de Dios se hace evidente, nos ha nacido un Niño que ha confinado al Diablo y a su séquito en las profundidades de la tierra. Si antes podríamos imaginarnos un mundo en donde las fuerzas del bien y del mal luchaban entre sí por el alma del hombre y que el viento mismo estaba lleno de estos espíritus condenando al ser humano muchas veces a la confusión, al nacer el Niño divino los dioses ha callado, enmudecidos saben que sus templos, sus santuarios y sus cavernas van a perder fieles y ofrendas, pues en otra caverna el Redentor ha venido portando el triunfo y la paz.

El Diablo, como un general derrotado, emprende su retirada a las profundidades, ha sido derrotado, qué duda cabe, pero en las profundidades telúricas aún alienta en el orgulloso caudillo una voluntad que no puede ser derrotada, porque tan invencible es el rencor como el orgullo de quien un día dominó la tierra.

Sin embargo, ahora, un Niño le confina en las profundidades, su cohorte de dioses e ídolos también callan. Mas no está derrotado, si el viajero lo desea puede aún encontrarse con el antiguo rey del mundo, que allá en las profundidades telúricas continúa pensando en su deseada criatura, el hombre, y sueña con volver a hacerla suya, y enseñarle, como antaño en el Edén, a ser como los dioses.

Cierto, si el viajero lo desea puede contemplar la gloria de Dios en la superficie de la tierra que besa delicadamente un rayo de luz eterna e inmortal, mas también a través de vericuetos, recovecos y estrechos pasos jamás ollados por persona alguna, si lo desea y lo busca, llegará a la morada del Diablo. Allí el antiguo rey, que en las noches traicioneras aún sale de su guarida para visitarnos y pronunciar en nuestro oído palabras llenas de sentido aunque con suerte las olvidaremos con el primer rayo de luz, allí os digo, tiene su refugio. Los ancianos que han visto tantas cosas cuentan cómo en grandes tinajas destila los óleos dorados de su rencor, criaturas telúricas

acompañan a esta sierpe, a este dragón que se burla de nosotros haciendo saltar los sismógrafos; pues él es fuerte, es fecundo, también guarda tesoros que fabrica sabiamente para nuestra perdición, el gran guerrero y oponente de Dios también es artesano y técnico, sabe qué queremos (aunque no nos convenga) y en las profundidades abisales en las que brilla su saber titánico atesora en sus tinajas la esencia de nuestra perdición, a la espera de que se la pidamos incluso antes de que nos la ofrezca.

El mundo que contemplamos muestra esta oposición en equilibrio, esta tensión vertical entre dos poderes irreconciliables sostiene el armazón del universo, entre el mundo de la luz y de las sombras, cuyo combate, sí es cierto, se ha ganado aquí arriba; pero sabed bien que bajo el suelo de nuestros cómodos hogares palpita un corazón encerrado bajo toneladas de roca y océanos de tiempo.

En el Belén que se expone, Antonio Labaña reflexiona sobre todo ello y retoma tradiciones ancestrales vinculadas a fuentes orales familiares. Homenajea a sus antepasados evocando a su padre como cazador, a su abuela como vieja vendedora de castañetas y a algún otro pariente como pastor/a. Innova en la escenificación del misterio e introduce al gallo, al león y a la serpiente, en un contexto que justifican las palabras del artista que introducen en el catálogo. Del pasado hacia el futuro, ahora Antonio Labaña visualiza unos recuerdos y se convierte en transmisor esencial, especialmente a sus hijos y a sus nietos, de algo que hasta ahora habían sido palabras, perpetuando y materializando los frágiles valores intangibles de la oralidad.

José Antonio Molina Gómez



15 *El gallo, el león y la serpiente*



16 El gallo, el león y la serpiente



17 El gallo, el león y la serpiente



Fotografías del proceso de ejecución

18 El gallo, el león y la serpiente

Breves datos biográficos de Antonio Labaña

Nace en Algezares (Murcia, 1944), desde muy joven se interesa por la plástica del siglo XVIII en concreto por la obra de Francisco Salzillo. Cursa estudios en la escuela de artes y oficios de Murcia, en el Instituto de Conservación y Restauración de Obras de Arte (ICROA), Madrid. Último discípulo del escultor imaginero murciano José Sánchez Lozano.

Entre otros ha participado como ponente y profesor en numerosas jornadas y ciclos dedicados a la escultura e imaginería religiosa entre los que descuellan, el primer curso de Restauración, Conservación y Catalogación de Bienes Culturales (Mula, 1997). Ciclo de conferencias en torno a Francisco Salzillo y Sánchez Lozano en el ayuntamiento de Huerca Overa (Almería), Casino de Murcia, y la Universidad de Murcia.

Habría que destacar entre sus múltiples facetas la de ser poeta con la publicación de tres poemarios: *El guerrero vencido*, *Las fragancias de la memoria*, y *La colina de las mariposas*, siendo un profundo conocedor de diversas manifestaciones artísticas de tipo religioso y popular, circunstancia que le ha permitido siempre ser voz imprescindible en todo evento que se precie de ser murciano.

Premios y distinciones internacionales

1996. Medalla de Plata de la Société Académique D'éducation et D'encouragement de las "ARTES-SCIENCES-LETTRES" de París (Francia).

2006. Medalla de Oro en la 32 Edic. de la muestra "100 PRESEPRI". Roma (Italia)

2008. Medalla Vermeil de la Société Académique et D'encouragement de las "Artes-Sciences-Lettres" de París.



Del 31 de octubre al 1 de diciembre de 2013
El horario del Conjunto Monumental San Juan de Dios es:

Martes a sábado de 10 a 13'30 h y de 17 a 20 h.
Domingos y festivos de 10 a 13'30 h.
Lunes cerrado



Del 5 de Diciembre de 2013 al 7 de enero de 2014
El horario del museo de Arte Ibérico El Cigarralejo es:

Martes a viernes de 10 a 14 h.
Sábados, domingos y festivos de 11 a 14 h.
Lunes y tardes cerrado

20 El gallo, el león y la serpiente